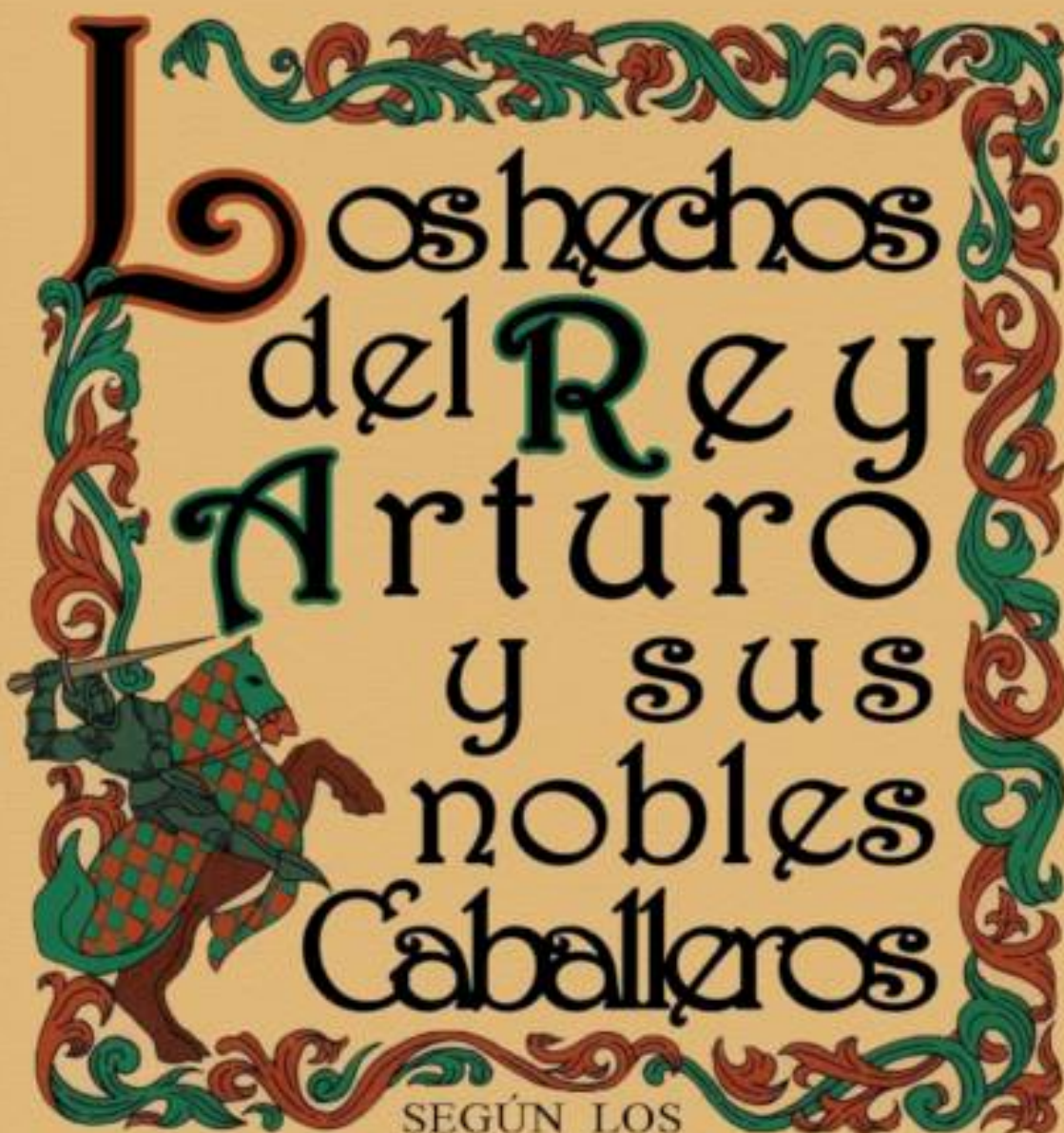


JOHN
STEINBECK

Los hechos
del Rey y
Arturo
y sus
nobles
Caballeros



SEGÚN LOS
MANUSCRITOS DE WINCHESTER DE
SIR THOMAS MALORY
Y OTRAS FUENTES

Steinbeck resucita bellamente el cautivante mundo del rey Arturo y sus nobles caballeros de la Tabla Redonda que incluye al mago Merlín y a los amores entre la bella Ginebra y Lanzarote del Lago con todo su irrepetible esplendor medieval.

El centenario de Steinbeck dejó una estela de reediciones que han reavivado el interés por su obra, y *Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros*, publicada póstumamente, es una de las novelas más singulares de Steinbeck, a la que se añade en esta edición un conjunto de cartas en las que el autor se refirió al proceso de creación de esta obra que permaneció inédita hasta varios años después de su muerte.

Dedicatoria

A los nueve años ocupé un sitio en la cofradía de los caballeros del rey Arturo, con tanto orgullo y dignidad como el que más.

En esos días harto escaseaban los escuderos aguerridos y de noble corazón que portaran escudo y espada, ciñeran arnés y socorrieran a los caballeros heridos.

Entonces acaeció que los deberes escuderiles recayeron en mi hermana de seis años, cuya gentil bravura era incomparable.

A veces ocurre, para tristeza y lamentación, que quien sirve con fidelidad no es reconocido como fiel servidor, y así permanecieron en la sombra los trabajos escuderiles de mi bella y leal hermana.

Por lo tanto, en el día de hoy hago las enmiendas que están a mi alcance, y la nombro caballero y le rindo mi homenaje. Y a partir de esta hora llámesela Sir Marie Steinbeck de Valle Salinas.

Dios le dé gloria sin mengua.

*John Steinbeck de Monterrey
Caballero*

Introducción

por John Steinbeck

Hay muchas personas que olvidan, cuando crecen, lo mucho que les costó aprender a leer. Quizá se trate del mayor esfuerzo emprendido por un ser humano, y debe afrontarlo cuando niño. Un adulto rara vez sale triunfante de esa empresa, la de reducir la experiencia a un orbe de símbolos. Los seres humanos han existido durante mil millares de años, y sólo han aprendido esta artimaña —este prodigio— en los diez últimos millares de los mil millares.

No sé hasta qué punto mi experiencia es común a todos, pero en mis hijos he observado el pasmado tormento del aprendizaje de la lectura. Ellos, al menos, comparten mi experiencia.

Recuerdo que las palabras —manuscritas o impresas— eran demonios, y los libros, que tanto me torturaban, mis enemigos.

Cierta literatura impregnaba la atmósfera que respiré. Absorbí la Biblia por los poros. Mis tíos sudaban Shakespeare, y el *Pilgrim's Progress* de Bunyam vino mezclado con la leche de mi madre. Pero esas cosas me entraron por los oídos. Eran sonidos, ritmos, imágenes. Los libros eran demonios impresos, las pinzas y las empulgueras de un suplício ultrajante. Hasta que ocurrió que una tía, con fatua ignorancia de mis rencores, me regaló un libro. Contemplé con odio la impresión en negro, y luego las páginas paulati-

namente se abrieron y me permitieron la entrada. El prodigio ocurrió. La Biblia, Shakespeare y el *Pilgrim's Progress* eran patrimonio común. Pero este libro era mío. Era un ejemplar ilustrado de la *Morte d'Arthur* de Thomas Malory según la edición de Caxton. Adoré la anticuada ortografía de las palabras, y también las palabras en desuso. Es posible que haya sido este libro el que inspiró mi fervoroso amor por la lengua inglesa. Descubrir paradojas me deleitaba: que *cleave* significa tanto unir como separar; que *host* alude tanto a un enemigo cuanto a un amigo hospitalario; que *king* («rey») y *gens* («pueblo») proceden de la misma raíz. Por un tiempo, gocé de una lengua secreta: *yclept* y *hyght* para decir «llamado», *wist* para «conocer», *accord* para decir «paz», *entente* para decir «propósito», *yfyaunce* para decir «promesa». Moviendo los labios, pronunciaba la letra llamada *thorn*, como una «p», a la cual se parece, y no como una «th». Pero en mi pueblo, la primera palabra de *Ye Olde Pye Shoppe* («La vieja pastelería») se pronunciaba *yee* [ji:], así que supongo que mis mayores no estaban mucho mejor que yo. Fue sólo mucho más tarde cuando descubrí que la «y» sustituía a la *thorn* perdida[1]. Pero al margen de que fueran gloriosas y secretas —*And when the chylde is borne lete it be delyvered to me at yonder privy posterne uncrystened*[2]—, yo, curiosamente, conocía las palabras de tanto susurrármelas a mi mismo. La misma extrañeza del lenguaje bastaba para hechizarme y sumirme en una escenografía antigua.

Y esa escenografía enmarcaba todos los vicios que hubo siempre, además del coraje, la tristeza y la frustración, y sobre todo el heroísmo, acaso la única cualidad humana forjada por Occidente. Creo que mi percepción del bien y del mal, mi sentimiento de *noblesse oblige*, y todas mis reflexiones contra los opresores y a favor de los oprimidos provinieron de este libro secreto. Este libro no ultrajaba mi sensibilidad como casi todos los libros infantiles. No me asombraba que Uther Pendragon codiciara a la mujer de su

vasallo y la tomara mediante engaños. No me asustaba descubrir que había caballeros malignos además de caballeros nobles. También en mi pueblo había hombres que lucían los hábitos de la virtud pero cuya maldad me era conocida. En medio del dolor, la pesadumbre o el desconcierto, yo volvía a mi libro mágico. Los niños son violentos y crueles, y también bondadosos; yo era todas estas cosas y todas estas cosas estaban en el libro secreto. Si yo no sabía escoger mi senda en la encrucijada del amor y la lealtad, tampoco Lanzarote sabía hacerlo. Podía comprender la vileza de Mordred porque también él estaba en mí; y también había en mí algo de Galahad, aunque quizá no lo bastante. Pese a todo, también estaba en mí la apetencia del Grial, hondamente arraigada, y quizás aún lo esté.

Más tarde, como el hechizo perduró, acudí a las fuentes: al *Libro negro de Caernarthen*, al «Mabinogion y otros cuentos galeses» del *Libro rojo de Hergist*, al *De Excidio Britanniae* de Gildas, a la *Giraldus Cambrensis Historia Britonum*, y a muchos de los *Frensshe books*, los «libros franceses» de que habla Malory. Y con las fuentes, leí los sondeos y tanteos de los especialistas —Chambers, Sommer, Gollancz, Saintsbury—, pero siempre volvía a Malory, o quizá debería decir al Malory de Caxton, puesto que ése era el único Malory que había hasta hace más de treinta años, cuando se anunció que un manuscrito desconocido de Malory se había descubierto en la Biblioteca del Winchester College. El descubrimiento me exaltó, pero como yo no era un especialista sino apenas un entusiasta, no tuve la oportunidad ni la cualificación para examinar el hallazgo hasta 1947, cuando Eugéne Vinaver, profesor de Lengua y Literatura Francesas de la Universidad de Manchester, dio a conocer una edición en tres volúmenes de las obras de Sir Thomas Malory hecha por la Universidad de Oxford, tomando el manuscrito Winchester. Ningún hombre podía ser más apto para esa tarea que el profesor Vinaver, con su gran conocimiento no sólo de los «libros franceses» sino

también de las fuentes galesas, irlandesas, escocesas, bretonas e inglesas. Aportó a su obra, además del enfoque erudito, ese matiz de gozo y maravilla tan infrecuente en la metodología del académico.

Durante mucho tiempo quise verter a la lengua moderna las historias del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Esas historias perduran hasta en aquellos que no las leyeron. Y es posible que hoy día nos impacienten las viejas palabras y los solemnes ritmos de Malory. No todos comparten mi inicial y persistente fascinación por esas cosas. Quise verterlas a la lengua llana de hoy para mis jóvenes hijos, y para otros hijos no tan jóvenes, verter el significado de esas historias tal como fueron escritas, sin excluir ni añadir nada, quizá para competir con las distorsiones del cine y la historia, que constituyen la única fuente accesible para esos muchachos y para otros que se impacientan con la escritura de Malory y con el uso de palabras arcaicas. Si puedo hacerlo, y a la vez preservar la maravilla y la magia, me daré por contento y satisfecho. No tengo la menor intención de reescribir a Malory, ni de reducirlo, transmutarlo, atenuarlo o sentimentalizarlo. Creo que las historias tienen la suficiente grandeza como para sobrevivir a mi intromisión, que en el mejor de los casos hará el texto más accesible para mayor número de lectores, y en el peor de los casos no puede perjudicar a Malory en exceso. Después de tanto tiempo, hoy renuncio al Caxton de mi primer amor por el Winchester, que me parece más consustanciado con Malory. Mi gratitud al profesor Eugéne Vinaver por hacer asequible el manuscrito Winchester.

Por mi parte, sólo me resta solicitar a mis lectores que me incluyan en la súplica de Sir Thomas Malory, cuando dice: «Y ruego a todos vosotros, los que leéis este relato, que oréis por aquel que lo escribió para que Dios le conceda la liberación, y sea pronto y rápido —Amén».

Merlín



Cuando Uther Pendragon era rey de Inglaterra, recibió noticias de que su vasallo, el duque de Cornualles, había perpetrado actos de guerra contra su reino. Entonces Uther ordenó al duque que compareciera en la corte acompañado por su esposa Igraine, famosa por su discreción y hermosura.

Cuando el duque se presentó ante el rey, los grandes señores del consejo concertaron las paces entre ambos, de modo que el monarca le brindó su amistad y hospitalidad. Entonces observó Uther a Lady Igraine y comprobó que era tan bella cuanto su fama lo proclamaba. Se prendó de ella, la deseó y le suplicó que yaciera con él, pero Igraine era una esposa leal y rechazó su propuesta.

Habló en privado con su esposo el duque, y le dijo:

—Creo que no te mandaron llamar a causa de una transgresión. El rey ha planeado deshonorarte a través de mí. Por lo tanto te ruego, esposo mío, que evitemos este peligro y cabalgemos hacia nuestro castillo al caer la noche, pues el rey no ha de tolerar mi negativa.

Y, según los deseos de Lady Igraine, huyeron tan súbitamente que ni el rey ni el consejo notaron la fuga.

Cuando Uther descubrió que habían huido montó en cólera. Convocó a los señores y les refirió la traición del duque. Los nobles vieron y temieron su furia, y aconsejaron al

rey que despachara mensajeros ordenando al duque que él y su esposa regresaran en el acto, pues dijeron:

—Si se niega a obedecerte, tendrás el deber y el derecho de hacerle la guerra y destruirlo.

Y así se hizo. Los mensajeros galoparon en pos del duque y volvieron con la lacónica respuesta de que ni él ni su esposa retornarían.

Entonces el airado Uther le envió un segundo mensaje aconsejando al duque que armara sus defensas, porque en el lapso de cuarenta días el rey lo desalojaría del más fortificado de sus castillos.

Así advertido, el duque aprovisionó y armó sus dos mejores fortalezas. Envío a Igraine al castillo de Tintagel, sobre los altos riscos a orillas del mar, mientras él se disponía a defender Terrabil, una fortaleza de gruesas murallas con muchas puertas e innumeradas entradas secretas.

El rey Uther reunió un ejército y marchó sobre el duque. Alzó sus tiendas en las cercanías del castillo de Terrabil e inició el sitio. Muchos hombres perecieron durante los asaltos y la enconada defensa sin que ningún bando aventajara al otro, y al fin Uther cayó enfermo de furia y frustración y por añoranza de la bella Igraine.

Entonces el noble caballero Sir Ulfius fue a la tienda de Uther y lo interrogó con respecto a la índole de su enfermedad.

—Te lo diré —dijo el rey—. Estoy enfermo de furia y de amor, y para eso no hay remedio alguno.

—Mi señor —dijo Sir Ulfius—. Iré en busca de Merlín el Mago. Ese hombre sabio y sagaz puede elaborar un remedio para dar contento a tu corazón. —Y Sir Ulfius partió en busca de Merlín.

Este Merlín era un hombre sabio y sutil con extraños y secretos poderes proféticos capaz de esos trastornos de lo ordinario y lo evidente que reciben el nombre de magia. Conocía los tortuosos senderos de la mente humana y sabía además que un hombre simple y abierto es muy recep-

tivo cuando algo misterioso lo confunde, y Merlín se complacía en el misterio. Así fue como el caballero Sir Ulfius se encontró, como por casualidad, con un mendigo en harapos que le preguntó a quién buscaba.

El caballero no estaba habituado a que lo interrogaran gentes de tan baja ralea y no se dignó responderle. Entonces el hombre en harapos rió y le dijo:

—No es necesario que me lo digas. Buscas a Merlín. No busques más. Yo soy Merlín.

—¿Tú...? Tú eres un mendigo —dijo Sir Ulfius.

—También soy Merlín —dijo el mago, riéndose de su propia broma—. Y si el rey Uther me promete la recompensa que deseo, le daré cuanto anhela su corazón. Y la gracia que deseo redundará más en su honra y beneficio que en el mío.

Sir Ulfius, maravillado, declaró:

—Si es verdad lo que dices y tu demanda es razonable, puedo prometerte que lo obtendrás.

—Entonces vuelve junto al rey; te seguiré tan rápido como pueda.

Sir Ulfius quedó satisfecho, volvió grupas y cabalgó a todo galope hasta que al fin llegó a la tienda donde Uther yacía enfermo, y le comunicó al rey que había encontrado a Merlín.

—¿Dónde está? —inquirió el rey.

—Mi señor —dijo Ulfius—, viene a pie. Llegará tan pronto como pueda. —Y en ese momento vio que Merlín ya estaba parado a la entrada de la tienda, y Merlín sonrió pues le complacía causar asombro.

Uther lo vio y le dio la bienvenida y Merlín dijo con brusquedad:

—Señor, conozco cada rincón de tu corazón y tu mente. Si estás dispuesto a jurar como rey ungido, que me otorgarás cuanto deseo, obtendrás lo que sé que anhela tu corazón.

Y tan grande era la ansiedad de Uther que juró por los cuatro Evangelistas cumplir con su promesa.

—Señor —dijo entonces Merlín—, éste es mi deseo. La primera vez que hagas el amor con Igraine ella concebirá un hijo de tu sangre. Cuando nazca el niño, debes entregármelo para que yo haga con él mi voluntad. Pero prometo que esa voluntad obrará en favor de tu honra y en beneficio del niño. ¿Estás de acuerdo?

—Se hará como tú digas —dijo el rey.

—Entonces levántate y prepárate —dijo Merlín—. Esta misma noche yacerás con Igraine en el castillo de Tintagel junto al mar.

—¿Cómo es posible? —preguntó el rey.

Y Merlín dijo:

—Mediante mis artes la induciré a creer que tú eres su esposo el duque. Sir Ulfius y yo iremos contigo, aunque bajo el aspecto de dos de los caballeros de confianza del duque. Debo advertirte, no obstante, que cuando llegues al castillo hables lo menos posible para evitar que te descubran. Di que estás fatigado y enfermo y acuéstate de inmediato. Y en la mañana cuídate de levantarte hasta que yo venga en tu busca. Ahora prepárate, pues Tintagel está a diez millas de aquí.

Se prepararon, montaron a caballo y partieron. Pero el duque, desde las murallas del castillo de Terrabil, vio que el rey Uther se alejaba de las filas de los sitiadores y, enterado de que las fuerzas del rey no tenían quién las capitaneara, aguardó la caída de la noche para atacar con todas sus mesnadas desde las puertas del castillo. El duque murió en el combate, unas tres horas antes de la llegada del rey a Tintagel.

Mientras Uther, Merlín y Sir Ulfius cabalgaban hacia el mar a través de las tinieblas rasgadas por la luna, la niebla flotaba imprecisa sobre las ciénagas, como una turba de tenues fantasmas envueltos en ropas vaporosas. Esa amorfa multitud los escoltaba, y las formas de los jinetes eran tan

cambiantes como las imágenes dibujadas por las nubes. Cuando llegaron a las puertas de Tintagel, erguido sobre un peñasco abrupto y filoso asomado al rumoroso mar, los centinelas saludaron a las conocidas figuras del duque, Sir Brastias y Sir Jordanus, dos de sus hombres de confianza. Y en los penumbrosos pasadizos del castillo, Lady Igraine acogió a su esposo y puntualmente lo condujo a su cámara. Entonces el rey Uther yació con Igraine y esa noche ella concibió un niño.

Cuando llegó el día, Merlín se presentó tal como lo había prometido. Y bajo la brumosa luz, Uther besó a Igraine y se apresuró a partir. Los centinelas somnolientos abrieron las puertas a su presunto señor y sus acompañantes, y los tres se perdieron en las nieblas del amanecer.

Y más tarde, cuando Igraine tuvo noticia de que su esposo había muerto, y de que ya estaba muerto cuando su imagen vino a yacer con ella, la invadió la consternación y quedó tristemente perpleja. Pero ahora estaba sola y atemorizada, y lloró a su señor en privado y no hizo comentario alguno.

Muerto el duque, no se justificaba la guerra, y los barones del rey le suplicaron que hiciese las paces con Lady Igraine. El rey sonrió para sus adentros y se dejó persuadir. Solicitó a Sir Ulfius que gestionara un encuentro, y la dama y el rey no tardaron en reunirse.

Entonces Sir Ulfius habló a los barones en presencia del rey de Igraine.

—¿Qué motivo de disputa hay aquí? —declaró—. Nuestro rey es un caballero fuerte y fogoso y no tiene mujer. Mi señora Igraine es discreta y hermosa... —hizo una pausa y luego prosiguió—, y libre de contraer matrimonio. Sería una alegría para todos nosotros que el rey consintiera en convertir a Igraine en su reina.

Entonces los barones vocearon su consentimiento y urgieron al rey a realizar ese acto. Y Uther, siendo un fogoso

caballero, consintió que lo persuadieran, y con apresuramiento y alegría y júbilo se casaron por la mañana.

Igraine tenía tres hijas del duque y, por voluntad y sugerencia de Uther, cundió la fiebre nupcial. El rey Lot de Lothian y Orkney desposó a la hija mayor, Margawse, y el rey Nentres de Garlot casó con la segunda hija, Elaine. La tercera hija de Igraine, Morgan le Fay, era demasiado joven para el matrimonio. La internaron en un convento para que la educasen, y allí aprendió tanto de magia y nigromancia que se convirtió en una experta en dichos arcanos.

Luego, al cabo de medio año, la reina Igraine engrosó del niño que estaba por nacer. Y una noche, cuando Uther yacía junto a ella, puso a prueba su lealtad y su inocencia. Le preguntó, por la fe que le debía, quién era el padre de su hijo. La reina, profundamente consternada, vaciló en responder.

—No desfallezcas —dijo Uther—. Dime sólo la verdad, sea cual fuere, y te amaré más que antes por ello.

—Señor —dijo Igraine—. Por cierto te diré la verdad, bien que yo no la comprendo. Durante la noche en que murió mi esposo, y después que él fue muerto en batalla, si no mienten los informes de sus caballeros, se introdujo en mi castillo de Tintagel un hombre exactamente igual a mi esposo en su habla y figura, así como en otras cualidades. Y con él venían dos de sus caballeros, de mí conocidos: Sir Brastias y Sir Jordanus. De modo que me acosté con él, según me cumplía hacerlo con mi señor. Y esa noche, lo juro por Dios, concebí este niño. Estoy perpleja, mi señor, pues no puede haber sido el duque. Y no sé y no comprendo otra cosa que esto.

Uther quedó satisfecho al comprobar la sinceridad de la reina.

—Esa es la verdad —exclamó—, es tal como dices. Pues fui yo mismo quien llegó a ti con la figura de tu esposo, por obra de los secretos artificios de Merlín. Por lo tanto, renun-